



Dominus Iesus Una perspectiva para la lectura

VIRILIO ZEA G., S.I.*

RESUMEN

y a en el Nuevo Testamento, Pedro y Pablo se plantean la pregunta por la salvación de los no judíos. El estudio de la vida de los Apóstoles y de su confesión de fe sobre la universalidad del proyecto salvífico de Dios, que debe realizarse en el acontecer histórico, con sus vicisitudes e incertidumbres, ofrecen elementos válidos para una lectura del documento vaticano *Dominus Iesus*.

Abstract

In the New Testament Peter and Paul ask themselves about the salvation of the people who didn't belong to God's covenant with Israel. God's universal salvific will, which is to be completed in history with its problems, controversies and limitations offers some valid elements for a serious reading of the Vatican document Dominus Iesus.

SALVACIÓN DEL HOMBRE Y DEL MUNDO

El tema central del documento *Dominus Iesus* parece ser la pregunta acerca del camino por el cual Dios concede a los hombres la salvación.

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana. Profesor Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Decano del Medio Universitario de la Facultad de Enfermería, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Oficina: Carrera 10 No. 65-48. Correo electrónico: zea@javeriana.edu.co

Sería importante aclarar los significados que puede tener esta palabra. Se refiere a la existencia y a la historia humana como abiertas a un encuentro plenificante con el Dios personal, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, más allá de la muerte. Encierra otro interrogante: ¿Cómo se concreta el obrar salvífico de Dios en nuestro mundo dramáticamente necesitado de humanización y fraternidad?

Ahora bien, para que se pueda hablar de experiencia de salvación, es indispensable que la persona se sienta interpelada por el amor de Dios, revelado en Jesucristo, o en otro profeta, y responda desde la propia auto-comprensión vivida en una cultura y una tradición religiosa; más aún, que en esta respuesta se encuentre el dinamismo para un amor capaz de perdonar al enemigo, de dar al otro mucho más de lo que nos pide (Mt. 5, 44; Lc. 6, 29) como camino para ser hijos de Dios. Ésta es una forma de vivir de muchos cristianos, pero también de muchos otros que pertenecen a religiones diferentes o que no conocen a Dios.

Al tomar esto en cuenta, hay que recordar también que los cristianos, en muchos países, son minoría y que la experiencia del cristianismo que han vivido algunos pueblos está negativamente condicionada, por ser éste la religión de los colonizadores; en la actualidad el deseo de proteger la propia cultura y herencia religiosa les hace difícil abrirse a la labor evangelizadora de la Iglesia.

La primera encíclica del papa Paulo VI trató del diálogo de la Iglesia con el mundo y las otras religiones y del diálogo dentro de la misma Iglesia Católica. Juan Pablo II ha mostrado en forma diáfana cómo se recorren estos caminos del diálogo: se acerca a las otras religiones a partir de su propia convicción de cristiano, las trata con respeto, comparte con ellas la oración, valora sus tradiciones, reconoce la presencia transformadora y santificadora del Espíritu Santo en ellas.

Si en algunas ocasiones anota costumbres negativas en alguna tradición, acepta también una palabra iluminadora sobre los errores de la Iglesia. Más aún, ha pedido perdón por los pecados de la Iglesia. Es heredero del Vaticano II, el cual recuerda:

...también los creyentes tienen en esto su parte de responsabilidad. Porque el ateísmo, considerado en su total integridad no es un fenómeno originario, sino

derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones... cristianas.¹

PERSPECTIVA DESDE LA ESCRITURA

En su carta a los Romanos (1 y 2), Pablo presenta el drama del mundo greco-romano, que conoció a Dios «porque Él mismo se les ha mostrado» a través de las maravillas de la naturaleza y del hombre, pero cambió «la gloria del Dios inmortal por imágenes del hombre mortal y aún de cuadrúpedos y reptiles» (Ro. 1, 19.23); y alejado de Dios cayó en toda clase de injusticias, y violencias, hasta terminar «no sólo haciendo toda clase de mal, sino alabando a los que hacen el mal» (Ro. 1, 32).

Constata el mismo drama en el pueblo judío: «...se basa en la ley de Moisés, está orgulloso de Dios. Conoce su voluntad y la ley le enseña a escoger lo mejor.» Sin embargo cometen los mismos pecados que reprochan a los no judíos. Por eso concluye Pablo: «Los no judíos ofenden a Dios por culpa de ustedes.» (Ro. 1, 17-24).

Hay otro texto en los Hechos de los Apóstoles en el cual Dios invita a Pedro, el apóstol, a visitar a Cornelio, un centurión romano. En un principio Pedro rehúsa la invitación de Dios, no comprende cómo puede unirse a quienes no pertenecen al judaísmo y no observan las prescripciones propias de la ley de Moisés; finalmente va a casa de Cornelio (Hchs. 10, 1-15. 24).

Los dos apóstoles afirman un mismo hecho: «Dios no hace diferencia entre unos y otros.» (Ro. 2, 11). Así dice Pablo al analizar el drama del pecado en el mundo judío y greco-romano y luego afirma: «El verdadero judío lo es interiormente.. no depende de reglas escritas sino del espíritu.» (Ro. 2, 29). «¿Acaso Dios es solamente Dios de los judíos? ¿No lo es también de todas las naciones? Claro está que lo es también de todas las naciones, pues no hay más que un Dios, el Dios que libra de la culpa a los que tienen fe, sin tomar en cuenta si están o no están circuncidados» (Ro. 3, 29-30).

Pedro llega a Cesarea, a casa de Cornelio, le explica cómo la religión de los judíos les prohíbe tener trato con extranjeros y cómo tuvo una visión en la cual Dios le confirmó que «había oído la oración de Cornelio y se había acordado de lo que usted ha hecho para ayudar a los

1 . *Gaudium, et Spes 19.*

necesitados». Después añade, antes de dar testimonio del Señor Jesucristo: «Ahora entiendo que de veras Dios no hace diferencia entre una persona y otra, sino que en cualquier nación acepta a los que lo reverencian y hacen lo bueno.» (Hchs. 10, 34-35).

La enseñanza de los dos apóstoles es clara: el juicio justificador y amoroso de Dios se realiza en favor de los hombres, no por la simple pertenencia a una tradición religiosa o por la aceptación de una doctrina, sino por la fe que se concreta en buenas obras y hace al hombre agradable a Dios.

LA PERSPECTIVA DEL VATICANO II

El Concilio enseña² que Jesucristo es el «mediador y la plenitud de la revelación» de Dios. Después de hacernos conscientes de la pregunta del hombre por su ser, su quehacer, el sentido de su existencia y de su muerte, añade: «Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad. A ese problema sólo Dios da la respuesta plena y totalmente cierta. En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado.»³

Ahora bien, el estudio de la vida de Pedro y Pablo muestra cómo la confesión de fe en la filiación divina de Jesús y la experiencia del encuentro con Dios en el Crucificado, como encuentro salvífico y como compromiso personal que los hace testigos de la filiación divina de Jesús, y de la encarnación de la Palabra de Dios, suponen que los dos apóstoles recorren sendas llenas de altibajos: Pedro sigue sinceramente a Jesús a raíz del testimonio de su hermano Andrés (Jn. 1, 41-34) o por la llamada del mismo Jesús (Lc. 5, 10); más tarde Pedro jura y perjura que no conoce a Jesús y lo abandona cuando lo ve morir en una cruz (Mt. 26, 74).

Pablo persigue a los seguidores del «camino», como llamaban a los primeros cristianos (Hchs. 9, 23). Más tarde los dos confiesan que el cambio de su existencia pasa a través de la experiencia del Resucitado. Este encuentro lo explican los dos como la revelación por la cual Dios les hace conocer a Jesús como al Hijo de Dios y cambia por completo el sentido de ignominia y

2. *Dei Verbum* 2.4

3. *Gaudium et spes*, 10. 21. 22

de maldición con que habían entendido la condena a muerte del hombre de Nazaret (Lc. 22, 54-61; Hchs. 10, 34-43; Hchs. 7, 52-8,3; 9, 1-9; Gal. 1, 15).

Lo anterior sugiere una pregunta cuando se lee el documento *Dominus Iesus*: ¿Puede el diálogo con los no cristianos tener como punto de partida la confesión de fe de la Iglesia, que supone un camino muy peculiar de experiencia de encuentro con Dios en la persona de Jesucristo?

Se hace más difícil de comprender este punto de partida si se tienen en cuenta las enseñanzas del Vaticano II.

El Concilio tiene como punto de referencia las atrocidades cometidas durante la segunda guerra mundial contra el pueblo judío; vive en su seno la presencia de obispos nacidos y educados en mundos y tradiciones no occidentales y no cristianas. De allí la importancia que revisten sus declaraciones sobre la libertad religiosa, cuyo fundamento indiscutible es la dignidad de la persona, criatura e hijo de Dios.

La presencia de los observadores de otras religiones en el Concilio y la profundización en las enseñanzas del Nuevo Testamento, lo lleva a sentirse unido al pueblo judío, heredero de las promesas de Dios, «del cual Cristo nació según la carne», a los pueblos que reconocen al Creador y viven de la misma fe de Abraham (judíos y musulmanes) y claramente afirma que Dios no está lejos de quienes lo buscan a través de imágenes, ni de aquellos que por el favor de su gracia practican la justicia.⁴

En otro documento⁵ describe la actitud de quienes quieren dar fructuosamente testimonio de Cristo:

...descubran con gozo y respeto las semillas de la Palabra... Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los llevó a la luz divina con un coloquio verdaderamente humano, así sus discípulos inundados por el Espíritu de Cristo deben conocer a los hombres entre los que viven .. para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso, ha distribuido a las naciones.

El Concilio considera que los cristianos deben preocuparse por el hombre, por contribuir con el diálogo sincero a la búsqueda de la paz y desde estas premisas entiende cómo han de iluminar a todas las naciones con la luz de Cristo.

4. *Lumen gentium*, 16. *Ad gentes*, 4.

5. *Ad gentes*, 11. 12.

ACTITUDES DISTINTAS PARA EL DIÁLOGO

El documento *Dominus Iesus* conoce tres formas distintas de abordar el diálogo con las religiones: una excluye que en ellas se den caminos verdaderos de salvación; la segunda afirma que todas las religiones están orientadas por el designio de Dios a Jesucristo, en el cual encontrarían su plenitud y una tercera llamada pluralista que podría ir desde el extremo de considerar todas las religiones como igualmente válidas a una actitud que analiza los valores de las otras religiones en forma respetuosa. Vale la pena citar el documento «*Dominus Iesus*» (No. 6):

Es por lo tanto, contraria a la fe de la Iglesia la tesis del carácter limitado, incompleto e imperfecto de la revelación de Jesucristo que sería complementada por otras religiones. La razón que está en la base de esta aseveración pretendería fundarse sobre el hecho de que la verdad de Dios no podría ser acogida y manifestada en su globalidad y plenitud por ninguna religión histórica, por lo tanto, tampoco por el cristianismo ni por Jesucristo.

Esta posición contradice radicalmente las precedentes afirmaciones de fe, según las cuales en Jesucristo se da la plena y completa revelación del misterio salvífico de Dios. Por tanto, las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, aún siendo limitados en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la persona divina del Verbo Encarnado, «verdadero Dios y verdadero hombre» y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable.

Cuando se estudia la abundante literatura que trata el tema de la diversidad de las religiones, el lector se encuentra ante la gran complejidad del problema. No se trata simplemente de repetir la afirmación de *Dominus Iesus*, sino de explicar la paradoja de la universalidad y de la limitación de la revelación. Más aún, ¿cómo llegar al compañero de diálogo con esta pretensión sin que él se sienta agredido en sus convicciones más profundas y en la experiencia salvífica de Dios que ha vivido en su propia confesión de fe?

La misma Escritura toca estos problemas sin explicarlos. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad. Porque no hay más que un Dios y no hay más que un hombre que pueda llevar a todos los hombres a la unión con Dios: Jesucristo. (1 Tim. 2, 4-5).

Ahora bien, Pablo, quien ha hecho la afirmación del universalismo salvífico de Cristo, es consciente de que no se llega a conocerlo si no hay

quién dé testimonio de la fe (Ro. 10, 14-15). Él se hizo misionero y sintió el apremio evangelizador que lo llevaba a anunciar a Jesucristo. Murió sin haber podido realizar su sueño de visitar a España. ¿Cómo entonces pretender que sea conocida la obra salvífica de Cristo en todo el mundo, en el de entonces y en el de ahora?

Ha cambiado profundamente la autocomprensión del hombre. Cada día se valoran más las propias herencias culturales. Por este motivo los teólogos hablan de un descentramiento de Dios en Jesucristo: en Él encontramos el sí incondicional de Dios a la historia humana, la universalidad de su amor salvífico, pero también el empequeñecimiento de quien «pudiendo exigir los honores debidos a Dios.. se humilló a sí mismo y por obediencia fue a la muerte, a la vergonzosa muerte de cruz» (Fil. 2, 6-8). Es la pequeñez de quien está circunscrito por el espacio y el tiempo y por el hecho claro de que la experiencia de Dios vivida por los hombres a través de Buda, de Mahoma, de Krishna, o el impacto profundo ocasionado por el contacto con la experiencia viva del zen budismo, no pueden juzgarse desde fuera. Hemos de acercarnos a estas experiencias con respeto, con un espíritu de diálogo.

En los Congresos que tratan el tema «La misión y el pluralismo religioso»⁶, en los artículos o libros que lo abordan, se matizan las posiciones, no se acepta sin más lo que dice un autor. Sin embargo, se escuchan sus dudas, sus intuiciones y sus búsquedas, porque ellas nacen de un deseo sincero de acertar y de un diálogo viviente con quienes encuentran a Dios por caminos distintos del cristiano.

Paul Knitter, autor de varias obras sobre el tema⁷ presenta una posición pluralista y de rechazo a la que, a su parecer, podría ser una actitud cristiana excluyente. Los argumentos que aduce olvidan que desde la fe en el único Dios la elección nunca es excluyente. Pablo, desde su experiencia del Resucitado, afirma la resurrección de los hombres y liga indisolublemente a los Corintios con Jesucristo y con Dios (1 Cor. 15, 12-17). Tampoco se pueden

6. *Spiritus*, Edición Hispanoamericana, Año 41/2 No 159. CALLE CRUZ, MÓNICA, «En torno a la unidad de las religiones. Un acercamiento pluralista», en *Religión y cultura*, XLV, 1999, 95-122. DUPUIS, J., «La novedad de Jesucristo frente a las religiones mundiales», en *Est Trin* 32, 1998, 3-37.

7. KNITTER, P.F., «Jesús and the Other Names. Christian Mission and Global Responsibility», Orbis Books, New York, 1996. Eius. «Jesús y otros Salvadores», en *Theologica Xaveriana*, 46, 1996, p. 134.

equiparar las expresiones de las Cartas de Pablo o de los Hechos al lenguaje de los enamorados. Los primeros cristianos vivían en medio de expectativas mesiánicas, desde la tradición del Primer Testamento y su lucha contra los ídolos habían depurado poco a poco su imagen de Dios y desde Abraham lo habían entendido como un Dios de infinito amor. En Jesucristo penetran más hondamente en la profundidad del amor de Dios a los hombres revelado en Jesús y por eso encuentran en Él (Efe. 2, 1.4-7) no sólo que «cuando estábamos prisioneros del pecado Dios nos amó tanto que nos dio vida juntamente con Cristo», sino también que en la historia de Jesús y del compromiso de Dios con él, «que nos eligió antes de la creación del mundo para hacernos (a todos los hombres) hijos suyos por medio de Jesucristo» (Efe. 1, 3-7)

La búsqueda de quienes escriben y llevan adelante un diálogo interreligioso invita a abrimos a posibles nuevos horizontes, a captar perspectivas que nos eran extrañas, porque no hemos realizado su experiencia dialógica y oír sus argumentos, valorarlos y tener la audacia de saber puntualizar muchas de sus apreciaciones.